

CARME MANUEL CUENCA. 2013. *FUEGO EN LOS HUESOS: AFROAMERICANAS Y ESCRITURA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX*. València: Publicacions Universitat de València, ISBN: 978-84-370-9009-2, 317 pp.

Vicent Cucarella-Ramon

Universitat de València (Spain)

La concesión del premio Nobel de Literatura a la escritora afroamericana Toni Morrison en 1993 supuso algo más que una muestra del reconocimiento internacional y público a la labor literaria y cultural de esta autora. En realidad, dicho acontecimiento sirvió para catapultar al mercado literario global la tradición literaria afroamericana que hunde sus raíces en la historia de trasplante, esclavitud y racismo que la diáspora africana sufrió en el llamado Nuevo Mundo. Los esclavos y esclavas africanas traídos a la fuerza desde África se convirtieron en las víctimas por antonomasia al ser vilmente utilizados en la construcción de un país que buscaba la perfección democrática. Las primeras víctimas del esclavismo africano llegaron a las colonias norteamericanas en 1619 y desde el primer momento representaron una amenaza para la población caucásica que se tradujo en unos códigos civiles leoninos con el fin de prevenir el mestizaje y regular el comportamiento de la población negra. Sin embargo, en una situación social abiertamente sexista, las mujeres negras fueron las que sufrieron las mayores atrocidades al ser víctimas de las infames vejaciones por parte de la sociedad blanca y la violencia machista de sus congéneres negros. Se demostró así que, tal y como verbaliza Nanny, la abuela de la protagonista de la obra maestra de Zora Neale Hurston *Their Eyes Were Watching God* (1937): “(d) e nigger woman is de mule oh de world” (14).

Frederick Douglass, Booker T. Washington, W.E.B. Du Bois, Alain Locke, Richard Wright, Ralph Ellison, Malcom X o Martin Luther King Jr. son algunos de los hombres afroamericanos que se abrieron camino entre el racismo rampante que ha tejido la piel de la nación norteamericana llegando a gozar todos ellos de un gran prestigio literario y social. Por el contrario, las mujeres negras se han visto históricamente relegadas a un segundo plano o sepultadas en un olvido procaz (un ejemplo es el –tristemente- tardío descubrimiento de la citada escritora Zora Neale Hurston por parte de la también escritora afroamericana Alice Walker) que ha mutilado el reconocimiento creativo de la mujer afroamericana. En las últimas cuatro décadas, a partir de 1970, estas escritoras comienzan a abrirse paso a través de la creación de una serie de obras literarias que han devuelto la experiencia de la mujer negra en Estados Unidos al lugar de honor que le correspondía. De este modo, la literatura producida por mujeres afroamericanas goza, en la actualidad, de una salud envidiable y ya nadie duda del valor artístico y cultural de las obras de autoras como June Jordan, Toni Cade Bambara, Toni Morrison, Gayl Jones, Ntozake Shange, Maya Angelou, Lucille Clifton, Alice Walker o incluso de una nueva generación de

escritoras afroamericanas que siguen sumando contribuciones a la experiencia literaria de las mujeres negras, entre las cuales se encuentran Terry McMillan, Sapphire, Bernice L. McFadden, Jesmyn Ward o Ayana Mathis entre otras muchas.

Ahora bien, la producción artística de las escritoras afroamericanas contemporáneas tiene que entenderse necesariamente teniendo en cuenta la literatura producida por escritoras negras que, desafiando los códigos racistas y machistas, dieron cuenta escrita de la experiencia de la mujer negra en los siglos XVIII y XIX. El volumen *Fuego en los huesos: Afroamericanas y escritura en los siglos XVIII y XIX* de Carme Manuel Cuenca recoge el testimonio y la contribución que estas autoras negras, madres literarias de la generación actual, proporcionaron a un panorama social, político y literario que en gran medida ignoró su aportación artística y su compromiso intelectual. El libro está dividido en tres partes a las que sigue una cronología que acierta en destacar los acontecimientos y fechas que enmarcan los hechos más relevantes de las escritoras que se estudian.

La primera parte se titula “Pensamiento ilustrado: entre África y el nuevo mundo” y da cuenta del papel de los esclavos negros dentro de la Norteamérica de los siglos XVII y XVIII. Deshumanizados desde el momento de su llegada al Nuevo Mundo, los esclavos negros eran considerados bestias irracionales debido a una exégesis parcial y torticera de los textos bíblicos que demostraron ser la añagaza perfecta para institucionalizar las diferencias raciales. Junto con este racismo científico llegaron las primeras condenas a la esclavitud por parte de los cuáqueros que declaraban que la abolición era una necesidad imperiosa de acuerdo con las prédicas de su protestantismo evangelista. De entre ellos Manuel Cuenca destaca la labor, en este sentido, del pastor cuáquero John Woolman que con su obra abrió el camino al movimiento abolicionista de la primera mitad del siglo XIX. La segunda parte del capítulo, titulado “Primeras manifestaciones poéticas: Lucy Terry y Phillis Wheatly”, se centra en la obra de las dos poetisas que inauguran la publicación literaria producida por autoras afroamericanas. Cultivados en las primeras iglesias negras – lugar sagrado de resistencia y aislamiento a la opresión racista- los cánticos que los esclavos llevaron a las colonias norteamericanas devienen en el germen cultural que fagocitará el nacimiento de la poesía afroamericana. “Bars Fight” de Lucy Terry es el primer poema escrito del que se tiene constancia e inicia una tradición vernácula que encontrará el auge entrado el siglo XX. Son Jupiter Hammon y, sobre todo, Phillis Wheatly los dos poetas negros que adquieren un prestigio intelectual notable. La autora hace hincapié en cómo, con su capacidad para versificar como los neoclásicos ingleses, Wheatly fue elogiada y aclamada tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña transformándose así en “símbolo y modelo del ‘genio africano’, en prueba fehaciente que permitía rechazar los estereotipos del negro ignorante” (Manuel Cuenca 38).

El período de preguerra centra la segunda parte del estudio. En esta sección se explica el contexto del debate abolicionista que predomina en la Norteamérica del romanticismo. Tal y como ejemplifica Manuel Cuenca, una pléyade de

autoras afroamericanas cultivan la poesía además de la autobiografía espiritual, la narración de viajes, la narración de esclava, que se convertiría en el género más conocido, así como el ensayo y la ficción. La motivación que urge a estas escritoras a empuñar la pluma y escribir es la de subvertir, a través de la literatura, la imagen de la mujer negra que había creado el imaginario apologético blanco. El movimiento abolicionista, tanto blanco como negro, engloba el escenario social en el que esta nueva generación de escritoras negras decide plasmar sus experiencias vitales. Carme Manuel empieza señalando a las poetisas afroamericanas que recogen el testigo de Phillis Wheatly, entre las que destacan: Sarah Louisa Forten y Charlotte L. Forten Grimké, dos poetisas libres que pertenecían a la élite negra nortea y que contribuyeron a fomentar la igualdad entre las razas. De entre las ensayistas negras la autora se centra en Ann Plato cuyos textos didácticos contribuyeron en gran medida a resaltar las cualidades intelectuales de las mujeres negras a pesar de que su producción fue ignorada precisamente porque en ellos se habla muy poco del acuciante problema racial y de la esclavitud. Las tres últimas partes del segundo capítulo del libro están dedicadas a las tres figuras femeninas más representativas que dan testimonio de la experiencia de la mujer negra libre en los Estados Unidos del período anterior a la guerra civil. Con la publicación de *A Narrative of the Life and Travels of Mrs. Nancy Prince* (1850) Nancy Price, una afroamericana libre, dibuja un retrato subversivo de sí misma que la aleja del “estereotipo victimista tan apreciado en la época, y la acerca al de una mujer audaz y autosuficiente, capaz de cruzar océanos y mares en busca de una identidad difícil de hallar en la Norteamérica de las primeras décadas del siglo XIX” (Manuel Cuenca 85). De manera profusa y muy detallada, la autora narra las peripecias de Price por la Rusia Imperial (1824-1833) así como su periplo jamaicano (1840-1842). Se demuestra así como Nancy Price, al efectuar desplazamientos transatlánticos, desafía la tradición literaria occidental y trasciende los límites racistas norteamericanos que encorsetan la definición de la mujer (afro)americana.

En 1983 el crítico Henry Louis Gates Jr. editó y publicó *Our Nig* (1859) de Harriet E. Wilson, que se convertiría en la primera obra escrita por una afroamericana libre, desbancando de tal honor a *Iola Leroy: or Shadows Uplifted* (1892), de Frances Ellen Watkins Harper, considerada durante mucho tiempo la primera novela escrita por una autora afroamericana en el país. Tal y como apunta con precisión Manuel Cuenca, la proliferación de estas narraciones responde a la aparición, en 1851, de *Uncle Tom's Cabin* de Harriet Beecher Stowe, la obra más influyente en la Norteamérica de preguerra. En clara referencia al *bestseller* de Stowe, *Our Nig* se inspira en la novela sentimental así como en la narración de esclavos y en la narración de conversión religiosa. La obra de Wilson fue despreciada en su época debido, entre otros motivos, al uso que la autora hace del espacio nortea para ejemplificar una feroz crítica a la situación social por la que atravesaba el país en conjunto. Como acertadamente señala Carme Manuel la subversión de la novela se explica porque

...la autora se apodera de la bandera del cuto de la maternidad para subrayar cómo las mujeres blancas estadounidenses...ejercen un papel

activo en la creación, circulación y transferencia de valores sociales y son firmes colaboradoras en la arena política, al perpetuar en su propio terreno doméstico la opresión racial y económica no solo de las esclavas sino de otras mujeres libres: las negras norteamericanas (146).

La última autora que se trata en esta segunda parte es, sin duda, la que goza de mayor popularidad y estudio en el canon literario norteamericano: Harriet A. Jacobs. Su narración autobiográfica *Incidents in the Life of a Slave Girl: Written by Herself* (1861) se ha convertido en el texto fundacional de la tradición literaria de mujeres afroamericanas. Manuel Cuenca relata la interesante peripecia de Harriet Jacobs para lograr la publicación de su texto, las desavenencias que tuvo con Harriet Beecher Stowe –quien rechazó prologar la novela y dudó del carácter autobiográfico del relato de Jacobs– y la manera en que trabajó con Lydia Maria Child, la editora final, quien se granjeó enormes críticas aunque también consiguió concienciar a jóvenes intelectuales de Nueva Inglaterra a favor de la causa del abolicionismo. *Incidents...*, como ocurre con *Our Nig*, mezcla la narración tradicional de esclavos, la novela sentimental, la autobiografía y añade ecos de la novela gótica urbana. La narración es el intento de la autora de hacer oír la voz de la esclava negra que intenta privilegiar su experiencia y que “emprende una contienda contra todas las representaciones distorsionadas anteriores y contemporáneas de la mujer negra” (Manuel Cuenca 166-167). Tal y como concluye Carme Manuel, por primera vez en la literatura afroamericana escrita por mujeres escuchamos la crítica audaz y libre de una ex esclava que “otorga voz a la experiencia de la mujer negra desde la exterioridad salvaje de los discursos dominantes blancos y negros” (181).

La tercera parte del volumen, titulada “El período de postguerra”, se centra en las figuras femeninas que destacaron en las postrimerías del siglo XIX. Aunque el final de la Guerra Civil se saldó – en teoría - con la abolición de la esclavitud, el final de la Reconstrucción (1856-1877) dejó a los ciudadanos negros del Sur sin ningún atisbo de igualdad ni protección frente a, por ejemplo, grupos paramilitares como el Ku Klux Klan. En este contexto hostil, las mujeres afroamericanas lucharon por su visibilidad y por participar en la procelosa vida nacional. De entre las mujeres negras que Carme Manuel destaca para su estudio sobresale la presencia de Elizabeth Keckley, ex esclava y modista afroamericana de Mary Todd Lincoln, esposa del icónico presidente Abraham Lincoln. Keckley publicó su novela *Behind the Scenes, Or, Thirty Years a Slave and Four Years in the White House* en 1868, tres años después del asesinato del presidente Lincoln. Manuel Cuenca desmenuza con gran profusión de datos el periplo vital de esta ex esclava que tocó el poder con sus manos y cómo su nefasta relación con la problemática señora Lincoln la empujó a publicar *Behind The Scenes* con el propósito de “encumbrar a la afroamericana como testigo y participante legítima de la historia norteamericana” (234). Después de un breve recorrido por algunas poetisas de postguerra –tales como Henrietta Cordelia Ray o Josephine D. Heard, Carme Manuel dedica la tercera entrada de esta última parte a una de las reformistas, ensayistas y escritoras afroamericanas más relevante de este período: Frances Ellen Watkins Harper. Tal y como se ha apuntado anteriormente su obra

Iola Leroy: or Shadows Uplifted, de 1892, se mantuvo durante un largo período de tiempo como la primera novela escrita por una autora afroamericana. La narración, entendida como un palimpsesto, ofrece una relectura de la historia de la Reconstrucción mediante la manipulación consciente del género sentimental con el afán de convencer a los Estados Unidos de postguerra de la necesidad de otorgar la libertad a la comunidad negra. Tal y como precisa Manuel Cuenca, Harper incita a los afroamericanos y afroamericanas a que “abracen el poder redentor de Cristo...y franquear...el ‘poder de la nueva era’” (288).

El último estudio del volumen se dedica a la intelectual, activista, conferenciante y escritora Pauline E. Hopkins. Su compromiso intelectual la llevó a ser una de las periodistas más aguerridas de la revista mensual *Colored American Magazine*, aunque años más tarde fue despedida de forma indecorosa debido precisamente a su gran popularidad. Con su novela más ambiciosa y conocida, *Contending Forces: A Romance Illustrative of Negro Life North and South*, publicada en 1900, Hopkins trata, como explica Manuel Cuenca, de reescribir la historia de los Estados Unidos. De este modo, la novela reconstruye “el espacio presuntamente soberano del hogar negro y lo presenta como un espacio poroso en el que inexorablemente se infiltran las cuestiones históricas de raza y género” (306). El carácter de crónica memorialística de *Contending Forces* constata el intento lúcido de la autora, y de las demás escritoras afroamericanas del presente estudio, de dejar testimonio de su histórico ahínco por avanzar en materia de justicia social y nacional.

El volumen *Fuego en los huesos: Afroamericanas y escritura en los siglos XVIII y XIX* hace partícipe al lector de las vicisitudes personales e intelectuales de las escritoras afroamericanas que preceden a la actual generación que triunfa en el mercado literario hoy en día. Todas las obras referenciadas se pueden encontrar en traducción al castellano por lo que el lector que no sabe inglés puede acudir a la fuente primaria y (re)descubrir a estas autoras fundacionales. Aunque dicho libro hace demasiado hincapié en cierta profusión de aspectos vitales de las escritoras tratadas, espacio que hubiera podido ser sustituido por un estudio más profundo de otras escritoras importantes, como Victoria Earle Matthews o Katherine Davis Chapman Tillman, Carme Manuel Cuenca presenta un trabajo pormenorizado que ha de convertirse en obligada referencia para cualquier investigador o lector interesado en la literatura y cultura afroamericana producida por mujeres.

OBRAS CITADAS

Hurston, Zora Neale. *Their Eyes Were Watching God*. 1937. New York: Harper Perennial Modern Classics, 2006.

Received: 30 March 2015

Accepted: 21 June 2015